

## EL PEREGRINAJE DE UN GURÚ N° 2

### Inicia un proceso de congruencia consciente

Desde el día en que mi Maestro me dijo que llegaría a ser un Gurú, esa escena, ese mensaje y todo lo que aquello implicaba quedaron como un impacto muy intenso en mi interior. Era difícil de creer; por suerte ese pensamiento solo duró unos días, porque mi ego realizó un ocultamiento; después lo comprendí. Me protegió para no sentir el vértigo que involucraba tal vaticinio; aparecieron a mi favor esos mecanismos, llamados de defensa.

Con el tiempo comprendí que esos mecanismos internos del ego me resguardaron de un reto fuera de tiempo, que habría significado desconectarme de la realidad del presente que estaba viviendo. En política se dice: “Si quieres “quemar” a un candidato, destápalo antes de tiempo”.

Con la psicología lo entendí después. Cuando una realidad nos transmite mensajes que rebasan las posibilidades de asimilación de nuestro ego, cuando los acontecimientos nos abruman como una amenaza, sea en un sentido constructivo o destructivo, esa experiencia se torna disfuncional, se desliga del comportamiento cotidiano de la persona, se hunde en el inconsciente.

En este caso, ese ocultamiento tenía dos justificaciones de protección: por un lado evitar agigantar mi ego a niveles insostenibles por la percepción que yo pudiera generar como expectativas de mí mismo, por otro, previno que cayera en un abismo de impotencia y depresión. Ambos síntomas podían tomar un giro esquizofrénico o manifestarse como otras tantas enfermedades de la psique.

Después de aquel evento, que llamé “El primer aviso”, en pocos días ya no recordaba el asunto, y cuando alguien me lo recordaba de alguna forma, mi respuesta eran guardar silencio o cambiar de tema, puesto que me molestaba hablar de aquello. Cualquier cosa que comentara al respecto, se me hacía fuera de lugar, me sentía incapaz de sostener una cuestión que se había convertido en un tabú en mi cabeza, de modo que prefería evadirla.

Durante mi estancia en Torreón como misionero del Aquarius, adquirí algunas habilidades dando una o dos charlas semanales abiertas al público, durante más de dos años. En esas conferencias hablaba de lo que sabía y hasta de lo que no sabía, pero con la motivación que sentía era fácil asociar ideas en el momento de la alocución. Me sentía capaz de lanzarme al ruedo, y ya dentro, era inclusive excitante buscar respuestas y asociaciones dentro de mí mismo.

La lectura de las obras del MSMA Dr. Serge Raynaud de la Ferrière, sus libros y las circulares dirigidas a sus discípulos fueron mi alimento permanente. Las grabaciones que tenía de mi Maestro, el Dr. José Manuel Estrada, sus diferentes escritos, eran también la inspiración viva que me impulsaba.

La práctica cotidiana y sin excepción del Antenaje era la conexión diaria con el proyecto de vida que sentía desde lo más profundo de mi Ser. Seguir el Sendero mostrado por mi Maestro era una necesidad diaria y familiar.

Pero debo decir que la imagen de ese futuro Gurú afortunadamente no aparecía, o si lo hacía, la ignoraba por ser un fantasma creado por mí mismo; así lo traté y le puse ese nombre por muchos años: “un fantasma sin importancia”.

Las conferencias que había escuchado en vivo de mi Maestro: “Qué le pasa al hombre después de la muerte”, “El fin del mundo. La historia de la humanidad vista por la Astrología”, “El Quinto Reino Universal”, “Iniciación y Religión”, eran las que según yo mejor me salían, a juzgar por la respuesta del público.

Con solo el recuerdo de su figura y la forma en que hablaba, con esa contundencia tan característica de él, sentía que podía solventar las preguntas e inquietudes de quienes asistían a las charlas.

Me parecía ver el agitar de su capa, era como si tuviera ante mí sus gestos, su gallardía, su porte profético, su fino sentido del humor, su incomparable lucidez. Todo ello me daba seguridad, una asombrosa convicción personal.

Sentía a mi Maestro como una parte de mí mismo y entre más grandes parecían los retos, más lo buscaba dentro de mi ser. Su congruencia y el compromiso de mi parte de que lo seguiría, fueron y siguen siendo puntos que he integrado a mi propia manera de manifestar mis experiencias en las charlas, en mi vida cotidiana y en mis diálogos internos.

“Sin querer queriendo”, como dice el famoso personaje de televisión, al representar a mi Maestro, a su Tradición, al conectarme con él por una profunda necesidad de justificar mi proceso y forma de vida, se fueron haciendo conscientes en mí un legado, un linaje vivo, que me convertían en un eslabón más, pero de algo que salía de mí y era creado en ese momento y circunstancias, sin que el personaje del Gurú, que era una figura estereotipada y del pasado o del futuro lejano, apareciera.

La forma de conexión que crecía en mi conciencia tenía su contraparte en el hecho de que me molestaba cuando alguien insinuaba que yo era un Maestro, o yo llegaba a generar esa imagen por cualquier circunstancia.

Con el tiempo esto lo viví con indiferencia, especialmente en mi propia soledad y en mis diálogos internos, en los que me repetía: “Tú eres quien eres, no lo que te dicen que eres. Olvídate de grados y cosas de esas, no te enredes como muchos lo han hecho, porque si te vas por ese camino, ahí están los resultados en tales y tales hermanos”. Encontré que mi mejor alimento estaba en el presente que se descubría ante mí y desde mí mismo y no desde las expectativas de los demás, incluyendo las de mi Maestro o las mías propias.

En aquella época vivía muy intensamente la búsqueda de un ideal romántico, donde las expectativas de la aparición del Quinto Reino Universal en la humanidad consistían en trabajar y transformar a la humanidad, incluyéndome a mí mismo por supuesto. Recuerdo que ese romanticismo lleno de ideales fue cambiando, mejor dicho, aterrizando, a medida que la relación Maestro-Discípulo se intensificaba.

El Maestro empezó a darme forma como discípulo, a quitarme lo que sobraba y a despertar lo que me faltaba. Esas vivencias formaban un contraste entre lo romántico y lo real, donde ya no eran simplemente ideas y buenas intenciones lo que me movía, sino conmociones que modificaban las percepciones de mi vida, estableciendo los nuevos valores, que se transmiten como tradición oral, de Maestro a Discípulo por un presente compartido.

De este tipo de experiencias quiero mencionar tres, que por cierto se dieron en un solo día. Las comparto con algunos comentarios internos, porque éstas en especial me dejaron gran riqueza y crecimiento.

En una de sus tres visitas a Torreón, cuando misionaba en esa ciudad, habíamos organizado una conferencia magistral para el Gran Gurú en un auditorio del Tecnológico de la Laguna. La publicidad había sido muy insistente en la radio, prensa y televisión; queríamos que todos supieran de su paso por esa ciudad.

El día mismo de la conferencia, fuimos a promocionarla en un programa de entrevistas de la televisión local. Llegamos al canal, pero nos informaron que estaban cambiando la programación, que emitirían un documental sobre animales porque el entrevistador había salido de la ciudad repentinamente. Al escuchar esto, el Maestro le comentó al productor del programa: “Y podría ser mi discípulo quien me entrevistaste. Mire, viene muy guapo... con traje y hasta con corbata”, comentario que me hizo sonrojar y guardar silencio. Al productor se le dio por rascarse la cabeza y decir: “Espéreme un momento”. De vuelta, nos dijo: “Está bien, lo propuse a los jefes y están de acuerdo”.

“Luces, cámara, ¡iniciamos!” se escuchó detrás de las tres cámaras que nos enfocaban en el estudio de grabación. Así comenzó la entrevista que le hacía personalmente a mi Maestro, durante media hora y con solo dos cortes comerciales. Al finalizar la entrevista, el Maestro y el Reverendo Carlota me felicitaron. Sentí que había pasado la prueba inesperada con fluidez, pero no sabía lo que me esperaba esa misma noche...

Al llegar al auditorio, éste ya estaba repleto, con más de 400 personas sentadas. Acompañé al Maestro hacia las primeras butacas y entonces se me ocurrió plantearle un detallito que correspondía: “Maestro, aquí está el Muy Respetable Getuls Gabriel Navarro; como mayor en grado, le corresponde a él presentarle. Le indicaré que venga”, a lo que el Maestro respondió con enojo, mirándome a los ojos: “¿Y para qué lo quiero a él, si usted está aquí enfrente de mí?”.

Me quedé desubicado; yo pensé que estaba haciendo lo correcto. Ante ese regaño, mi única respuesta fue: “Maestro, ¿cómo quiere hacer la presentación?”. Entonces me replicó con más determinación: “¿Tiene usted miedo de hacerlo o qué?”.

Me quedé helado ante la confrontación brutal que me estaba haciendo. La magia del momento se me perdió, todo había cambiado y me sentía fuera de lugar, sin embargo pude decirle: “Yo lo presento, si así lo desea”. Y no conforme con lo sucedido, un poco antes de subirme al escenario, me llamó. Pidiéndome que me agachara para decirme algo, me reiteró: “¿Tienes miedo?”.

Subí entonces solo al escenario del gran auditorio y observé cómo mi Maestro se sentaba directamente enfrente de mí. Me miraba expectante y con una sonrisa irónica. Su cara no cambiaba, y me ponía realmente nervioso si le veía, por lo que intenté enfocar mi atención en el público.

Al ver a la gente expectante, algo inusitado en mi cuerpo empezó a trabar la posibilidad de articular mis primeras palabras y hasta de realizar gestos con mis manos; me sentía congelado y atorado. Simplemente no tenía posibilidad de articular palabra alguna, todas se trababan en mi garganta, sentía que mis intentos se frustraban a sí mismos.

El público empezó a involucrarse conmigo al ver mi impotencia, algunos empezaron a realizar movimientos con sus manos, a esbozar algunas sonrisas, como un estímulo para que yo pudiera empezar. El solo verles me paralizaba aún más y me incapacitaba para articular mis ideas, para dejar aflorar las palabras.

Cerré los ojos, tomé aire, no mire a persona alguna, menos a mi Maestro, y en un instante salió de mí un torrente de confianza, una gran explosión, sacando fuerzas de no sé dónde, y con voz fuerte y determinada inicié diciendo: “Buenas noches, apreciable público, bienvenidos. A nombre de la Gran Fraternidad Universal les damos la más cordial bienvenida. Esta noche les quiero presentar a mi Maestro, el Gran Gurú Dr. José Manuel Estrada, primer discípulo y heredero del patrimonio espiritual de la Sagrada Tradición Iniciática, de su Maestro, el Muy Sublime Maestre Avatar Dr. Serge Raynaud de la Ferrière, quien es el Cristo de la Nueva Era.

El Gran Gurú, Dr. José Manuel Estrada, ha alcanzado el más alto nivel de lo humano, el 7º Grado de Iniciación Real. En él verán la Luz que guía a la humanidad para estos tiempos...”.

Expresiones de ese tipo, superlativas para el público, pero reales para mí, surgieron como un borbotón, y así seguí por unos pocos minutos.

Terminé de presentarlo, y entonces me absorbió un silencio profundo. Miré al público, miré a mi Maestro, todo lo veía en cámara lenta. Los aplausos del público me despertaron del momentáneo trance. Vi rostros sonrientes, expresiones de aprobación, como si quisieran decirme algo, algo como: “¡Bravo, ya la hiciste muchacho!”.

Ese mensaje me resultaba ambivalente porque por un lado era un reconocimiento al esfuerzo de romper mis propias trabas, pero por otro, era como si me consideraran un bebé, al que aplaudían por dar sus primeros pasitos.

Esa sensación desapareció cuando bajé mi vista y vi a mi Maestro aplaudiendo, con una amplia sonrisa, haciendo puño con su mano y estirando el brazo, como diciendo “¡Adelante, ese es mi discípulo!”. No dejaba de aplaudir mientras subía al estrado; parándose a mi lado, continuó así hasta cuando bajé del escenario.

Había sido una vivencia inolvidable; el sudor frío y la inmovilidad, pero a la vez la confianza de expresar lo que representaba para mí mi Maestro. Muchos temores que había construido se diluyeron. Él tenía la razón, ¿a qué le tenía miedo? Esa experiencia se recrea aún en mí presente cuando me invade alguna incertidumbre. Vuelvo a ver su rostro, a escuchar su voz que me dice: “¿A qué le tienes miedo?”.

Esa noche, la conferencia de mi Maestro estuvo extraordinaria. Habló de la Nueva Era, de las Escuelas de Iniciación, de la GFU y de la importancia del Yoga y el vegetarianismo. El público se quedó como dos horas sentado, sin moverse. Al terminar, nos fuimos a cenar al hotel que está frente de la plaza principal de Torreón, donde él se hospedaba.

Estábamos como doce personas en las tres mesas que se juntaron. Pedimos de cenar; la mayoría optó por una bebida y un sándwich de queso derretido. Al Maestro le trajeron primero su sándwich. Súbitamente, antes de dar el primer corte a su sándwich, me miró seriamente y me dijo: “Usted se lo quiere comer, ¿verdad?”. “No, Maestro”, respondí. “Ese es el suyo, en un momento traen mi orden”. Entonces replicó con mayor énfasis: “¡No, usted quiere este sándwich!”.

Su comentario me puso tenso, como si hubiera sido el culpable de esa situación bochornosa, que atrajo la atención de todos los presentes, que guardaron silencio. Volví a insistir: “No, Maestro, creo que hay un mal entendido, yo le veía a usted, no al sándwich”. Cambiando su semblante, con una expresión de un general dando órdenes, me dijo: “¡Se lo come, su Maestro le ordena que se lo coma!”. Balbuceé: “Ma..., Ma..., Maestro”.

Él no dio tregua: “¡Se lo come!”. Así acepté el plato de su mano, bajando la cabeza.

Recuerdo que partí el triangulo en dos, mientras los demás observaban con disimulo. Me llevé un trozo a la boca, pero simplemente no podía abrirla, menos producir saliva. Mi tribulación fue aún mayor al sentir la mirada de mi Maestro, cayendo sobre mí como fuego. Pude empezar a morder el ingrato bocado, pero no llegaba a pasarlo por la garganta por la ausencia de saliva y la tensión en todo mi cuerpo. Sentía que me atragantaba. Nuestros acompañantes espectaban la rara escena sin opinar.

Escuché la voz de mi Maestro y levanté mi rostro. Su expresión era serena, entonces me dijo: “Perdóname, mi hijo. Tú como discípulo has cumplido, has hecho lo que te ordenó tu Maestro, pero yo como Maestro no he cumplido con mi trabajo. No debo imponerte nada, discúlpame”.

Si estaba presionado antes, ahora lo estaba más. Se me atoraron el queso y el pan, quería refundirme debajo de la mesa, me sentía muy mal, no entendía cómo todo había desembocado en esa situación; pero reaccioné con algo de aplomo, sacando fuerzas de flaquezas.

Ese día mi Maestro me dio la mejor lección de humildad, de humanidad, hizo que en mi mente colapsara la imagen estática que tenía de él, para dar paso a la del Iniciado, de aquel que cuando se equivoca pide disculpas. Punto. Si él lo hacía de manera tan excelsa, con tanta honestidad y sencillez, ¿por qué no habría de hacerlo yo?

Ese día viví tres experiencias excepcionales, intensas, que me sellaron internamente, mostrándome lo que puedo, lo que debo y lo que no debo hacer como Iniciado. El Maestro me estaba formando desde lo más adentro de mis huesos, sentimientos y pensamientos, revelándome la importancia de buscar una congruencia real y profunda. Además, dejándome percibir que él también continuaba Iniciándose, pese a que era un gran Maestro.

Mayo 16 del 2008

<http://gurujavierferrara.blogspot.com/>

[gurujferrara@gmail.com](mailto:gurujferrara@gmail.com)